

siones hay, cuya victoria solo se asegura con la fuga del objeto; y nunca te olvides de que vencer no mas que á medias una pasion, no es rendirla, sino irritarla mas. ¿Eres colérico? Pues reprime y ahoga en tí hasta los primeros movimientos de la indignacion; y aunque el criado ó el hijo te dé motivo de enfado, no le hables palabra. ¿Dominate la avaricia? Da liberalmente con garbo y con alegría; sobre todo, sé liberal en limosnas, especialmente con aquellos á quien tienes mas razones para negárselas. ¿Gimes oprimido bajo el tirano yugo de alguna pasion impura? Evita hasta la sombra del objeto que la despierta; huye, huye aun de las mas mínimas ocasiones, macera la carne, ora mucho, y ten una tierna devocion con la santísima Virgen.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA, virgen, de cuyo tránsito se hace memoria el dia 26 de este mes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE SAN FELIX, presbítero, en Roma en la vía Ostiense; el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, despues de haber sido atormentado en el potro, fué sentenciado á ser degollado; y al llevarlo al suplicio le salió al encuentro un cristiano; el cual confesando espontáneamente su religion, junto con él fué tambien degollado. Los fieles ignorando su nombre, le llamaron ADAUCTO ó *añadido*, porque se habia agregado á S. Felix por compañero en la corona.

SANTA GAUDENCIA, virgen y mártir, con otros tres, tambien en Roma.

SAN PAMMAQUIO, presbítero, esclarecido por su doctrina y santidad, igualmente en Roma. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SESENTA SANTOS MÁRTIRES, muertos por el furor de los gentiles en Suffetula, colonia romana en Africa.

LOS SANTOS BONIFACIO Y TECLA, padres de doce hijos todos mártires, en A drumeto, tambien en Africa.

SAN FANTINO, confesor, en Tesalónica, quien habiendo padecido grandes persecuciones de parte de los sarracenos, fué por ellos finalmente echado del monasterio en donde habia vivido con maravillosa abstinencia: al cabo, despues de haber convertido á muchos al camino de la salud, murió en santa vejez.

SAN FIACRIO, confesor, en la diócesis de Meaux. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PEDRO, confesor, en Trevi en Italia; el cual esclarecido por sus grandes virtudes y milagros, allí mismo durmió en el Señor y es honoríficamente venerado.

SAN BONONIO, abad, en Bolonia.

SANTA ROSA DE LIMA.

EN Lima, capital del reino del Perú, se dejó ver al mundo en el día 20 de abril del año 1586, la Rosa mas preciosa que produjo aquel fértil país, decoroso ornamento de la tercera Orden de penitencia del patriarca Sto. Domingo, una de las mas célebres Santas de estos últimos tiempos. En su nacimiento declaró con juramento su madre no haber sentido los dolores del parto, dispensando el Omnipotente la ley penal impuesta á todas las mujeres en cabeza de Eva por los méritos previstos de la recién nacida. Bautizáronla en la Pascua del Espíritu Santo; misteriosa hasta en esto la divina Providencia, para denotar que derramaba en aquella grande alma el incendio del amor divino en la estación que descendió en lenguas de fuego sobre el colegio apostólico. Pusieronla Isabel por nombre; pero á virtud del extraordinario prodigio que ocurrió estando en la cuna á los tres meses de haber nacido, de trasformarse su cara en una hermosa rosa, se llamó desde entonces con este nombre, en el que fué confirmada por Sto. Toribio Alfonso Mogrobojo, dignísimo arzobispo entonces de Lima, al que añadió el de Santa María, por disposición de la Reina de los ángeles.

Criáronla sus padres con el mayor cuidado segun las máximas de la religion cristiana; pero como se hallaba prevenida del cielo con las mas dulces bendiciones, tuvieron el consuelo de ver en la niña á poco tiempo un pequeño prodigio de la gracia, que parecia obrar en ella con mas actividad que la misma naturaleza. En efecto, su afabilidad, su agrado, su serenidad, su candor, su tranquilidad, y su admirable sufrimiento en varias incisiones que la hicieron con motivo de enfermedades, sin que alentase el mas mínimo suspiro, y sobre todo su inclinacion connatural á la virtud, hicieron conocer á todos desde luego que el Señor la habia elegido para esposa suya.

Continuando Rosa, sostenida de la divina gracia, siendo el objeto de los mas altos elogios por la justificacion de su conducta, llegó aquel punto de edad en que la naturaleza manifestó las cualidades apreciables de hermosura, despejo, vivacidad y extraordinarios talentos con que se hallaba dotada; y aunque su recato y modestia procuraban ocultarlas, y aun desfigurarlas para no ser grata á los hombres, como eran públicas y notorias sus personales prendas, mucho mas recomendables con el adorno de su eminente virtud, se declararon varios pretendientes de su mano, conceptuándose feliz el que la lograra por esposa. Prefi-



STA. ROSA DE LIMA, V.

rieron entre todos los padres á un jóven rico y poderoso, vinculando su felicidad en tan ventajoso matrimonio. Exigieron de Rosa el consentimiento, la que consternada con aquel lenguaje desconocido, respondió sencillamente, que ya tenia consagrada su virginidad á Jesucristo con voto. No se puede ponderar el sentimiento que concibieron los padres de una resolucion tan inesperada; y así en despique, sobre otras muchas injurias, ultrajes y malos tratamientos, la echaron á cuestras todo el peso de la casa, mandándola que hiciese los oficios mas viles y penosos. Sufrió por algun tiempo aquella persecucion, que sirvió únicamente para que mas brillase su inalterable paciencia y admirable sufrimiento, hasta que conociendo los padres que Dios era el autor de sus resoluciones, bien calificadas por sus acciones precedentes, no queriendo oponerse á la voluntad divina, la dejaron seguir en sus santas ideas.

Fundaron por aquel tiempo en Lima D.^a María de Quiñones, y Sto. Toribio Alfonso Mogrobojo el monasterio de Sta. Clara; y creyendo ambos que entre las primeras plantas que pudieran recomendar la religiosidad de aquella nueva casa seria sin duda Rosa; bien conocida por su eminente virtud, la ofrecieron todo lo necesario para que entrase en aquel convento; pero como la divina Providencia la tenia destinada para que fuese decoroso ornamento de la tercera Orden de penitencia del patriarca Sto. Domingo, no tuvieron efecto sus deseos. Frustrada aquella proporcion, un hermano de la Santa, que tenia bien conocido su espíritu, hizo con toda cautela las mas vivas diligencias para que entrase en el monasterio de la Encarnacion de Lima del orden de S. Agustín: Dispuestas todas las cosas, en el mismo dia que la esperaban las religiosas, entró de paso a la capilla de nuestra Señora del Rosario á dar á su Majestad gracias por haberle concedido el favor de consagrarse en el claustro al servicio de su santísimo Hijo; pero apenas hincó las rodillas en tierra, quedó inmóvil, sin poder levantarse, ni aun con la ayuda de su hermano. Conoció por aquel sintoma, ilustrada superiormente, que su determinacion no era del agrado del Esposo eterno, y si el que siguiese el rumbo de Sta. Catalina de Sena, cuyo ejemplo se propuso imitar desde sus mas tiernos años; y prometiéndolo así en el mismo acto, quedó espedita para todo movimiento. Comunicó el suceso circunstanciado con su confesor, y con acuerdo de éste, vencidas las muchas dificultades que ocurrieron, vistió el hábito de tercera dominica en el año 1606 dia de S. Lorenzo, abrasada con los mismos ardores de caridad que aquel ilustre mártir de Jesucristo.

No es fácil poder explicar el gozo de que se llenó el corazon de Rosa, viéndose vestida con la misma divisa que la heroína á quien deseaba imitar con vivas ansias. Para formar como aquella un retiro proporcionado, donde negada al comercio del mundo pudiera entregarse totalmente al servicio de su amado, dispuso en lo mas apartado de la huerta de su casa una pobre celda, en cuya habitacion se dejó ver el prodigio, de que estando rodeada de un batallon de mosquitos y tábanos, ninguno de ellos se atrevió á molestarla; respondiendo con mucha gracia á los que la preguntaban sobre aquella extraordinaria maravilla, que tenia hecho pacto con los animalillos de no ofenderles, ni ellos á ella.

No satisfecho su fervor con lo dicho, apenas vistió el hábito de tercera, quiso acreditar el carácter de aquel orden con las mas asombrosas penitencias: en los principios se disciplinaba con cordeles retorcidos; pero despues con una cadena de hierro hasta que corria la sangre por la tierra, redoblando este rigor cuando entendia irritada la divina justicia por culpas ajenas, ó amenazaba algun castigo á su patria; pero habiéndole prohibido su confesor aquella crueldad, se cinó la cintura tres veces con la misma cadena, cerrando sus extremos con un candado, cuya llave arrojó para que no fuese fácil la apertura. Siguió con este martirio algun tiempo, hasta que introducida en la carne la cadena, la puso en términos de morir, y viéndose entonces en precision de descubrir el secreto á su confidenta Mariana, condescendió con ella que la quebrase á fuerza de golpes, bien que el Señor para impedir una operacion tan cruenta, hizo que saltase inopinadamente la chapilla; pero arrancáronse con ella varias porciones de carne, y sufrió intensísimos dolores en las heridas que le resultaron. Prohibióle su director el uso de aquel instrumento, en cuyo lugar afligia todas las partes de su inocente cuerpo con ásperos cilicios, y una vestidura interior de sayal tosco y grosero, que sobre no poderse mover con ella, la abrasaba en los rigores del estío.

No debe estrañarse este rigor despues que eligió el orden de penitencia, cuando desde sus mas tiernos años manifestó la propension á esta virtud, deseosa de ser participante de las penas que padeció Jesucristo. Servia en su casa una india de áspera condicion, llamada Mariana, á quien rogaba cuando niña que la azotase, ultrajase, escupiese, y pusiese los pies en su boca, rogándola, puesta de rodillas, que así lo hiciese por amor de Dios, cuando se resistia aquella á ejecutarlo. Viendo, á los doce años no cumplidos, una imagen del Señor en la postura de *Ecce Homo*, penetrado su corazon del mas vivo sentimiento al considerar

los dolores que el Señor padeció cuando le pusieron la corona de espinas, ansiosa de imitarle, hizo primeramente un cerco de estano con tachuelas por la parte interior, ciñéndose con él la cabeza; pero no pareciéndole bastante esta pena, formó otra de plata con treinta y tres puntas, correspondientes á los años que vivió el Redentor, mudándola repetidas veces, para que las nuevas heridas le lastimasen la cabeza, apretándola fuertemente cuando sentía alguna tentacion impura.

Habiendo leído en la vida de Sta. Catalina de Sena su desposorio con Jesucristo, aunque deseaba tener esta dicha, no se atrevía á pedírsela al Señor, considerándose indigna, tanto en su concepto, que solía prorumpir no pocas veces, *que no sabia como Dios no la habia ya sumergido en el abismo, cuando por sus horribles culpas le era debido el mas profundo lugar del infierno*; siendo así que su confesor apenas encontraba materia sobre que absolverla. Cuando luchaba con esta pena, la dejaron sin la palma acostumbrada á dar á las terceras dominicas en una de las de Ramos, é interpretando aquella inculpable omision en otro sentido que el dispuesto por la divina Providencia, pasó llena de amargura á la capilla del Rosario, á desahogar su pena con la Reina de los ángeles, que viéndola anegada en tan profundo sentimiento, intercedió con su santísimo Hijo para que la consolase; hizolo el Señor diciéndola: *Rosa de mi corazon, yo te quiero por esposa*. Hicieron en su corazon tal impresion estas dulces palabras, que cayó desmayada en tierra, luchando entre el amor y temor, sin atreverse á mirar la soberana majestad de su dueño, quien confortándola con nuevas gracias, le entregó un anillo en señal de su desposorio, en el que hizo grabar Rosa el retrato del niño Jesus, con las espresiones dichas. Desde entonces creció la inseparable union con su amado, en términos, que pudo decir con el Apóstol: *Ya no vivo en mí, sino en Jesucristo*, acreditando con pruebas prácticas el incendio de amor en que se hallaba abrasado su pecho.

Sin embargo á que el Señor se daba por tan satisfecho con los servicios de Rosa, con todo quiso probarla por medio de enfermedades gravísimas y dolores muy intensos, en los que siempre dió ejemplo de una indecible paciencia y de un admirable sufrimiento. Pero no fueron estas mortificaciones las que mas la dieron que padecer. Solicitaba su Esposo purificar todavía mas aquella grande alma con el fuego de la tribulacion, para aumentar por este camino muchos grados á sus merecimientos; cesaron de repente los continuos favores con que el Señor la regalaba, tan olvidada de ellos, como si nunca los hubiera recibido.

Hallóse su espíritu poseido de una desolacion, de una aridez y de una sequedad suma; de un disgusto total á todos los ejercicios de devocion; de un tedio insopórtable á la oracion; acometido de una sublevacion general de las pasiones, que la combatian con ciertas tentaciones desconocidas de la castísima virgen hasta entonces. Por espacio de quince años, á lo menos una hora al dia quedaba anegada en el abismo de tan terribles pruebas, que pasaba el resto del dia y de la noche temblando y palpitando el corazon. Finalmente se vió obligada á consultar su padecer con los teólogos mas doctos para su consuelo, cuyos dictámenes solo sirvieron de aumentar su pena; porque unos graduaron aquellos síntomas de delirio, otros de ilusiones y desvarios, y los mas piadosos de efectos nacidos de su delicadeza. Desolada, despreciada y abandonada, se puede dudar con razon si era posible martirio mas cruel; pero con todo en nada se desmintió asimismo Rosa, luchando, sostenida de la divina gracia, contra todo aquel torbellino de tormentos. Despues de su continuo recurso al Señor, todo su consuelo era la proteccion de la santísima Virgen; viéndola muchas veces durante aquellos escesos de desolacion y desamparo abrazarse estrechamente con alguna imágen de la Señora, implorando su clemencia.

Sucedió, en fin, la calma á tan deshecha tempestad, y la alegre luz á tan tristes tinieblas. Apareciósele su santo Esposo, acompañando su sensible presencia con tan celestiales consuelos, que en un instante la hicieron olvidar todos los pasados tormentos; y queriendo remunerar su pacífico sufrimiento con favores singulares, la visitaba con frecuencia, haciendo lo mismo su Madre santísima y Sta. Catalina de Sena, á quien señaló el Señor por su directora, mediante á que la eligió por modelo de sus operaciones, dejándose ver por su continuo comercio el rostro de Rosa como una copia viva de aquella heroína, por cuya razon la llaman los limeños segunda Sta. Catalina de Sena. De esta familiaridad, y la que tenia con los ángeles, especialmente con el de su guarda, á quienes despachaba con las espresiones mas tiernas de afecto, para que las hiciesen presentes á su Esposo, resultó abrasarse en las llamas del amor divino; de suerte que unas veces se desahogaba con profundos suspiros, y otras con voces significativas de sus sentimientos. *¿Como es posible*, decia muchas veces, *Dios y Señor mío, que haya quien deje de amarte? ¿Cuándo yo, mi buen Jesus, comenzaré á hacerlo como mereces? ¡Ay de mí! qué lejos estoy de aquel amor perfecto, é íntimo que te debo, pues aun no he aprendido á amarte como conviene; no sé como no me avergüenzo de mi tibieza; ¿de qué me*

sirve el corazon que tengo, para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho de puro amarte? A estas espresiones eran consiguientes sus deliquios y admirables éstasis en los que no pocas veces despedia su cara rayos encendidos de fuego, indicios nada equívocos del volcan que ardía en su pecho.

Gustaba Rosa, sosegada y plácidamente, aquellas espirituales dulzuras que son como anticipados destellos de las delicias del cielo en la soledad de su retiro, sin dejarse apenas ver mas que en el templo y al pié de los altares; pero habiéndole dado á entender el Señor que la caridad podia estenderse á favorecer al prójimo, la ejercitó de tal suerte con todo género de pobres y necesitados, que hubiera agotado seguramente los fondos que encontraba de personas devotas para socorrerlas, á no haber suplicado Dios con milagros sus asistencias. Al paso que era su caridad inmensa, era tambien escesivo su zelo por la salvacion de las almas, siendo pocos los miserables á quien no convirtiese, al mismo tiempo que los socorria; aplicando, para que el Señor le concediese su gracia, fervorosas oraciones, y rigurosas penitencias, cuyos sufragios no omitia en alivio de las almas del purgatorio.

Debilitada la salud de Rosa al rigor de sus grandes penitencias y prolijas enfermedades, se dignó el Señor manifestarle el dia de su muerte; y fué tan escesiva la alegría que la causó esta noticia, y tan vehementes los gozosos impetus que sintió su corazon que no pudo disimularlo. Acercándose el tiempo de su dissolution, le reveló su Esposo padeceria los dolores mas intensos, por última prueba de su invicta paciencia. Con este aviso, tres dias antes de su última enfermedad, pasó á la capilla del Rosario á pedir á la santísima Virgen la favoreciese con su asistencia para beber aquel cáliz de amargura. Cayó en efecto en el primer dia de agosto en un abismo de dolores, tales, que á pesar de su grande sufrimiento, prorumpió á la media noche en clamores lastimosos: ocurrieron los domésticos y la hallaron tendida en el suelo, en términos que solo la palpacion del pecho y la respiracion apresurada, daban testimonio de que permanecía en ella el calor vital. Acudieron los facultativos, y atendiendo á los sintomas de la extraordinaria enfermedad, depusieron que la complicacion de aquellos accidentes, era superior á cuanto podian sufrir las fuerzas humanas. Continuó Rosa con aquellos vivos dolores é inesplicables amarguras, mas sensibles que la misma muerte, hasta el dia de S. Bartolomé, en que profetizó su tránsito, sin que se le oyesen otras espresiones que las de su conformidad con la voluntad divina. Recibió los últimos Sacramentos con la devocion y ternura propia de su espíritu, y trasportada en

dulces éstasis, consumida aquella bienaventurada víctima á violencia del incendio del amor del Esposo eterno, rindió su espíritu en manos del Criador en el dia 24 de agosto del año 1617.

La fama de santidad con que murió Rosa, y la multitud de milagros que se dignaba el Señor obrar cada dia por su intercesion, movió á todo el reino del Perú, á la religion de Sto. Domingo, al rey católico á que suplicasen á la santa Sede desiriese á su beatificacion y canonizacion. Dispensó la santidad de Alejandro VII el decreto de Urbano VIII sobre que no se tratase este asunto de algun siervo de Dios hasta que pasasen cincuenta años despues de su muerte. Despacháronse las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos, y resultando plenamente justificados por una multitud de testigos el heroismo de sus virtudes y notorios milagros en vida y despues de muerte, la beatificó el papa Clemente IX por su decreto de 12 de febrero de 1648, y por otro de 2 de enero del año siguiente, la declaró patrona de la capital de Lima y de todo el Perú. Pero continuando las instancias por su canonizacion, la hizo con la solemnidad acostumbrada Clemente X en el 12 de abril de 1671.

SAN FIACRO, CONFESOR.

SAN Fiacro, tan célebre en toda la Iglesia, pero singularmente en la Francia, fué hijo primogénito de Eugenio IV rey de Escocia; que comenzó á reinar el año de 606. Deseoso el rey de dar á su hijo aquella cristiana educacion que correspondia al heredero presuntivo de la corona, se la confiaron á Canon, obispo de Soderá, prelado de ejemplar virtud y de prendas muy sobresalientes. Halló en el príncipe el ilustre preceptor un bello natural, un corazon noble y generoso, un genio dócil, y no perdonó á medio alguno para formar en Fiacro un príncipe cumplido. Consiguiólo. Correspondió el príncipe al cultivo del obispo con tanta inclinacion y con tanta docilidad, que presto se reconoció que ya no le hacia falta el maestro. La inocencia de sus costumbres y aquella natural inclinacion que tenia á la virtud le disgustaron de la corte. Conoció sus peligros; y descubriendo la nada de todas las grandezas humanas entre las mismas aparentes brillanteces del fausto y del esplendor, resolvió aspirar únicamente á enriquecerse con las prosperidades del cielo. La tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen le inspiró tanto amor á la pureza, que solo pensó en buscar un asilo seguro en donde poner á cubierto aquella delicada virtud; y el don de oracion con que

Dios le habia favorecido le determinó á pasar en algun desierto toda la vida. Ninguno se le ofrecia en Escocia donde no pudiese ser fácilmente descubierto, por lo que tomó la resolucion de retirarse á Francia, huyéndose secretamente de la corte. Pero sabiendo que su hermana Sira tenia los mismos pensamientos, la comunicó su intento, y ella se determinó á ser su compañera en aquella piadosa fuga. Escapáronse, pues, de la corte sin noticia del rey su padre, y partiendo en diligencia al primer puerto, encontraron un navio que estaba pronto á hacerse á la vela para Francia; y embarcándose en él sin darse á conocer, dentro de pocos dias dieron fondo en aquel reino.

Como todo su anhelo era buscar un lugar solitario donde retirarse, encontraron cerca de Meaux un desierto, que á nuestro Santo le pareció ser el mismo que el cielo le habia destinado para sus piadosos fines. Presentáronse á S. Faron, obispo de Meaux, ocultando siempre su nombre y su calidad, y le suplicaron con la mayor sumision tuviese á bien permitirles se quedasen en algun paraje retirado de su diócesi, donde pudiesen pasar el resto de sus dias en ejercicios de oracion y de penitencia. La princesa le rogó se dignase señalarla algun monasterio de doncellas donde se recogiese para atender únicamente al negocio de la salvacion, y nuestro Santo le pidió permiso para quedarse en el desierto inmediato. Bien conoció el santo obispo por su aire y por sus modales que eran personajes de mucha distincion; pero como no se querian dar á conocer, no los apuró mas, y se contentó con aprobarlos sus piadosos intentos. A la princesa Sira la metió en un monasterio, de que era abadesa Sta. Fara, hermana del mismo obispo; y al príncipe Fiacro le dió un sitio en el bosque de Fordille para que fabricase en él una ermita.

Luego que nuestro Santo se vió en su amado desierto, erigió en él una capilla en honor de la santísima Virgen, á quien apelidaba su querida madre, yendo cada dia en aumento su tierna devocion con esta Señora, y junto á la capilla fabricó una humilde celdilla. En ella renovó el ilustre solitario la mas perfecta imágen de los Pablos, de los Antonios y de los Hilariones, viviendo mas como ángel que como hombre. Aquel tierno príncipe, que habia nacido y se habia criado entre las delicias y los regalos de la corte, no tuvo en adelante otro alimento que yerbas silvestres y raices amargas. Su ayuno era continuo, y la oracion tan continua como el ayuno. Comunicábase el Señor á aquella grande alma con tanta abundancia de consuelos celestiales, que no le daban lugar ni aun para acordarse de los atractivos de la corte. Fueron tan escesivas sus penitencias, que el historiador de

su vida como que se inclina á acusarle de haber tratado su cuerpo con demasiado rigor.

No podia menos de descubrirse presto una santidad tan eminente, sin que bastase á esconderla toda la espesura del espantoso desierto. Dilatóse luego con mucho ruido la fama de nuestro Santo, y esta reputacion le hizo encontrarse con una multitud de huéspedes. Recibia con mayor gusto á los pobres, y su ardiente caridad le sugeria mil industrias para aliviarlos y para socorrerlos. No contento con las gracias que les conseguia del cielo, sanándolos milagrosamente de sus enfermedades, procuraba asistirlos en su pobreza, discurriendo todo género de medios para hacer menores sus miserias. Fabricó varios cuartos, que formaban una especie de monasterio, para hospedar á los forasteros; y él mismo por su mano cultivaba un pequeño campo y un huertecillo en que plantaba legumbres para regalarlos el tiempo que se detuviesen en la ermita. Volviendo de Roma S. Chilano, oyó decir tantas maravillas de la virtud de nuestro solitario, que quiso ir á verle; y hallando en lo que esperaba mucho mas sin comparacion que lo que la fama le habia informado, se hubiera quedado para siempre en aquella soledad á no haberle sacado de ella su mérito y su rara santidad para hacerle obispo en el condado de Artois.

Pero como creciese cada dia el número de los peregrinos que concurrían á S. Fiacro buscando consuelo en sus trabajos, y milagrosa salud en sus enfermedades, juzgó el Santo que debia acudir por nuevo socorro á S. Faron. Representóle que si le concedia mayor espacio de terreno en aquel desierto, él le cultivaria y le haria producir lo bastante para sustentar á tanta multitud de pobres. Oyóle el prelado con veneracion, y le respondió que desde luego le hacia donacion de todo el espacio de terreno que él solo, y sin ayuda de otro, pudiese rodear de un foso en un solo dia. Despidióse Fiacro del obispo, retiróse á su ermita, hizo oracion á Dios, y la mañana siguiente, tomando su háculo en la mano, comenzó á trazar con él una línea, dentro de la cual se habia de comprender el terreno que el obispo le habia concedido; pero por un prodigio verdaderamente original la línea se iba abriendo por sí misma en una zanja ancha y profunda al paso que el Santo la iba delineando, cayéndose al mismo tiempo los árboles hácia uno y otro borde de la zanja para servir de muro al recinto de la ermita. Vió por casualidad una mujer este portentoso, y teniendo al Santo por hechicero, voló al punto al obispo de Meaux, y le dijo que el ermitaño de Fordille era un mago y un encantador, pues ella misma habia visto por sus propios ojos los

asombrosos efectos de sus encantamientos; y sin esperar á mas razones, volvió corriendo á la ermita, llenó al Santo de injurias y de improperios, y le intimó de parte del obispo que no pasase adelante. Detúvose inmediatamente el Santo; y despues de dar muchas gracias á aquella precipitada mujer por la mala obra que le habia hecho, se reclinó para descansar sobre una piedra, en que dejó milagrosamente estampada la figura de sus rodillas y de su brazo, como se registra hasta el dia de hoy en su iglesia. Llegó poco despues S. Faron, y admirando las maravillas con que manifestaba Dios la santidad de su siervo, le rogó que continuase en la obra del recinto, y el mismo obispo fué testigo del prodigio.

Mientras Fiacro vivia tan quieto, tan sosegado y tranquilo en su santa soledad, murió el rey su padre, y le sucedió en la corona de Escocia su hermano menor Fercardo; pero teniendo la desgracia de dejarse inficionar de la herejía de los pelagianos, y habiéndose precipitado en los mayores desórdenes, fué depuesto por una junta general de los estados, tanto por sus errores, como por sus excesos. Era preciso señalarle sucesor, y todos los estados convinieron en dar la corona á Fiacro, á quien pertenecia de derecho. Enviaron sus diputados al rey de Francia Clotario II, suplicándole emplease toda su autoridad en obligar á Fiacro á que se restituyese á Escocia. Sobresaltóse el Santo, y con el miedo de que no le arrancasen por fuerza, suplicó con instancias al Señor que le hiciese leproso de repente, esperando con este especioso artificio conservarse en su pobre celdilla, y hacer el generoso sacrificio de su reino. Salióle bien el piadoso estratagema. Cubrióse al parecer de una asquerosísima lepra, á cuya vista se llenaron de horror los diputados, y se contentaron con decirle friamente que en su mano estaba ir á tomar posesion de la corona que le pertenecia; bien que ellos no se atrevian á instarle á que abandonase su amada soledad. Presto se convinieron ambos partidos. Respondióles el Santo, que él no trocaba su destierro por todos los reinos del mundo; y que así, podian buscar quien los gobernase donde mejor les pareciese. Apenas volvieron á pasar el mar los diputados cuando la aparente lepra desapareció, y el Santo se quedó tranquilo en su preciosa soledad. Dió nuevo realce á su virtud este ruidoso suceso. Divulgado el esplendor de su real nacimiento, que hasta entonces habia tenido tan profundamente sepultado, creció prodigiosamente el número de los admiradores, dándose prisa á ver y á conocer aquel principe disfrazado en ermitaño. Esta reputacion afligió mucho á su humildad; y siendo cada dia mayor el concurso de los que le buscaban, pidió al Señor que le sacára de este mundo. Concedióselo; y lleno de años y de

virtudes, murió el dia 30 de agosto del año 670, á los sesenta y cuatro de su edad; habiendo pasado los cuarenta en el desierto. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia que él mismo habia fabricado con el titulo de la Madre de Dios; y algun tiempo despues fué trasladado de ella á la catedral de Meaux, donde se conserva espuesto á la pública veneracion en una caja de plata dorada, dádiva de Luis II.

Habiendo obrado tantos milagros en vida, aun fueron mas frecuentes y mas célebres los que obró despues de muerto. De todas partes concurrían á implorar la intercesion de este gran Santo para todo género de enfermedades y de calamidades públicas. Un vecino de Monchi en Picardia iba en peregrinacion al sepulcro del Santo, llevando consigo dos hijos suyos enfermos: todos tres cayeron en un rio muy profundo, y en un instante se perdieron de vista. Cuando ya se les creia sorbidos de las aguas, los viron parecer con admiracion, llevando el padre de la mano á sus dos hijos, y caminando sobre las aguas, que se habian consolidado, hasta que llegaron á la orilla. A este prodigio se siguió el de sanar á los hijos de los males que padecian, y muy poco tiempo despues tras de este milagro obró nuestro Santo otro mas admirable.

Fuéronse á bañar al rio. Oysa cuatro muchachos, y todos cuatro quedaron sepultados en sus olas; buscáronse sus cuerpos por mucho tiempo, pero no fué posible encontrarlos. Noticiosas las tristes madres de esta desgracia, acudieron al rio muchas horas despues deshechas en lágrimas; y llenas de confianza en nuestro Santo, imploraron su poderosa intercesion con Dios, suplicándole se compadeciese de los hijos y de las desconsoladas madres. Apenas acabaron su fervorosa oracion cuando vieron venir á los muchachos muy serenos por el rio, los cuales aseguraron despues que S. Fiacro los habia sostenido en medio de las aguas.

Son adoradas en Meaux con la mayor veneracion sus santas reliquias; pero la reina Maria de Médicis obtuvo una porcion de ellas, que se conservan en Florencia; y en el año de 1637, habiendo conseguido el cardenal de Richelieu uno de los huesos de la espina, le hizo engastar en un precioso relicario, que hoy se venera en la iglesia parroquial de S. José de Paris, en la que hay una célebre cofradia en honor del mismo Santo.

SAN PELAYO, ARSENIO Y SILVANO, CONFESORES.

EN la época infeliz que se hallaba España bajo el dominio de los mahometanos, habiendo destruido estos bárbaros mu-